

DIARIO PATRIOTICO

DE LA UNION ESPAÑOLA.

Del Domingo 2 de Noviembre de 1823.

Año XII. de la Constitucion, IV. de la libertad.

CONSTITUCION DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA.

TITULO V. DE LOS TRIBUNALES Y DE LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA EN LO CIVIL Y CRIMINAL.

Cap. I. De los tribunales.

Art. 266. *Les pertenecerá asimismo conocer de los recursos de fuerza que se introduzcan, de los tribunales y autoridades eclesiásticas de su territorio.*

NOTICIAS NACIONALES.

Cádiz 24 de agosto.

Entre los grandes beneficios que la ilustracion y la filosofía han debido proporcionar al género humano, ninguno ha sido mas grato ni mas ventajoso á la misma humanidad que el que destruyó los principios de barbarie y ferocidad, y convirtió á la obra mas grande de la naturaleza en un ser benéfico, filantrópico y amante de sus hermanos, en lugar del genio guerrero, dañino y vengativo que adquirió por los sentimientos en que lo imbuyeran su inclinacion y su egoismo. Por eso á medida que la antorcha de las luces esparcía sus brillantes rayos sobre la superficie del globo, las naciones deponían el furor bélico, y las invasiones de los bárbaros que esparcían por todas partes el llanto y la desolacion se hacían menos frecuentes; y en lugar de campos cubiertos de cadáveres y destrozos, los reynos y las provincias se transformaban en plácidas mansiones en que reinaban la paz y la abundancia, y el hombre entregado pacíficamente á la dulce tarea de cultivar la tierra, de egercitar su industria y de estender sus relaciones de comercio, parecia marchar rápidamente al logro de su felicidad y de su ventura.

La mano poderosa del tiempo debía consolidar tan grandiosa obra, y el trabajo de aquellos varones favorecidos por la naturaleza con los talentos mas claros y distinguidos, empezó entonces á sembrar las doctrinas que debían promover el bien general, y la suerte de las generaciones veni-

deras. Por eso al considerar los ópimos frutos que recogian con sus escritos los filósofos del siglo XVIII, era de esperar que se acercaba á pasos agigantados la feliz época en que respetando los pueblos sus mutuos derechos y su natural independencia, el mundo no presentaría sino el cuadro mas halagueño de prosperidad, paz y hermandad entre las naciones que lo componen.

Verdad es que en estos mismos tiempos se han suscitado las disputas mas crueles y las mas sangrientas guerras, y aquellos que no hacia mucho se profesaban la mas sincera amistad, de pronto, y como por encanto se incomodaban, venían á las manos, se cebaban en el furor y las venganzas, y millares de familias lloraban la pérdida de sus mas brillantes ornamentos en la lucha que trabaran con los que no conocían, ni les habían dado el mas mínimo motivo de queja ó resentimiento.

No pocas veces el origen de estos desastres ha sido una disputa personal, ó una falta de atencion ácia cualquiera de los que entonces se hallaban al frente de las naciones. Se creía que el honor nacional se hallaba ultrajado, que se había hollado el derecho de gentes, que se habían cometido insultos y tropelias, cuando el absolutismo, dueño pacífico de las vidas y haciendas de los mismos á quienes oprimiera, sacrificaba millares de víctimas por un falso pundonor, y mas de una vez la suerte de las armas decidió favorablemente las campañas menos gloriosas é hizo buenas las mas bárbaras injusticias.

Pero el establecimiento de los gobiernos representativos empezó á oponer un poderoso dique al torrente de tan atroces males, y si su consolidacion hubiera llegado á generalizarse en el mundo civilizado, el triunfo de la razon y de la justicia era seguro, y las naciones todas se habrían persuadido de la obligacion en que se hallaban de unirse todas para destruir las maquinaciones de las que intentaban separarse de la senda de

la regularidad, y salirse de los límites en que esta señalaba á cada una sus deberes y sus atenciones.

Siempre sin embargo era de temer que la paz del orbe podria ser alterada á cada momento, porque aun en la vida privada el hombre se ve expuesto á continuos insultos y vejaciones; pero una vez establecido el equilibrio social, la razon y la justicia hallarian por todas partes defensores, y las guerras se verian circunscritas á un corto espacio de tiempo y lugar en vez de ser el patrimonio de siglos y generaciones enteras; y aquellos pueblos que sin aspirar á estender sus dominios mantenian sus relaciones pacíficas y amistosas con otros, y que en nada escitaban el odio y la animadversion de los demas, podrian creerse á cubierto de toda clase de ataques y que ninguno otro osaria embestir á sus fueros, á su libertad y á su independencia.

Estaba sin embargo reservado al siglo en que vivimos y á la heroica nacion española á que nos gloriamos de pertenecer, el ser varias veces acometida brutalmente por las potencias de Europa que mas aspiran á ser tenidas por la cuna de la ilustracion y del saber. ¡Manes sagrados de los que perecieron en las cuatro fragatas apresadas por la Inglaterra en 1804, y vosotras respetables sombras del 2 de mayo, vosotros sois un testimonio nada equivoco de las mas injustas y bárbaras agresiones, y vuestro glorioso sacrificio en las aras de la patria será un borron eterno sobre los que ejecutaron la inicua empresa á que debisteis el veros colocados para siempre en el templo augusto de la inmortalidad!

No bien sin embargo habíamos puesto á cubierto el honor nacional en estas sangrientas guerras que dieron dias de gloria á la patria, y cuando poco á poco iban sanando las heridas que en ellas sufrimos, cuando acabábamos de hacer en nuestro régimen interior las mudanzas que creíamos necesarias para la mejora de nuestra situacion, entonces un príncipe aleve y traidor, á quien colocamos en el trono de que lo arrojará un guerrero afortunado, determina desconocer tamaño beneficio, y en lugar de tener ácia nosotros los sentimientos de gratitud y reconocimiento que eran debidos, por haberlo sacado del oscuro estado en que se hallaba, solo y desamparado en un pais extraño á donde buscó una estéril hospitalidad, desagradece nuestros sacrificios en su favor, enciende entre nosotros la guerra civil, fomenta las insurrecciones, protege á los facciosos, y al fin completa su negro crimen, invadiendo con un ejército numeroso nuestro territorio, y los campos que humeaban aun con la sangre de los que perecieron en la lucha que lo colocó en el solio.

No contento con tan atroz perfidia, no hay

clase de rateria ni bajaiza que no ponga en ejecución si cree que puede coadyuvar al logro de su infame proyecto: allí viéramos emplearse el oro y la corrupcion para armar al hermano contra el hermano, al hijo contra el padre, al amigo contra el amigo, y so color de querer apagar disenciones intestinas, moverlas, escitarlas, y darles pábulo y consistencia.

No contento con haber hollado impunemente el derecho de las naciones y el suelo de un pais amigo, sus bárbaros soldados se entregan á toda clase de excesos y desórdenes: en vano advierte una oposicion general á su intervencion, en vano observa el odio y el desprecio que se merecen los satélites á quienes rige; los ahullidos feroces de los que sobornó para el logro de su intento los mira como el órgano de la voz pública, y allí en donde encuentra un alma vil que se deja corromper y hacer armas contra su patria, allí donde imploran su compasion contra los desastres que él mismo se ha causado, allí osa decir que lo reciben con los brazos abiertos, y que bendicen su venida y su prevision.

Un general á quien la patria habia perdonado mas de una traicion y colmado de favores, le abre las puertas de la capital; otro que desde el polvo habia sido elevado á los mas altos honores, le entrega una de las principales provincias, y en uno y otro caso el soldado, fiel á sus juramentos, no se deja seducir por el mal ejemplo de sus vendidos gefes, y ¿quiere aun otras pruebas del desprecio que se merecen sus astucias y su intriga? El las tendrá, y muy á su pesar conocerá que sin lograr el objeto que se propone, su nombre será maldecido, y pasará á la posteridad cubierto de oprobio y deshonor.

Nosotros sin embargo que á pesar de tanta perfidia y de tanta maldad como se ha consumado mantenemos altivo el cuello y no pensamos en doblar la cerviz, debemos precavernos contra las nuevas tramas que se están forjando para hacernos perder nuestra libertad y nuestra independencia. Solos y aislados en el mundo, sin mas apoyo que nuestra constancia y nuestro valor, estamos dando una leccion al orbe atónito de que nuestro caracter es indomable y que no sabemos retrogradar en nuestra carrera. Mantengámonos como hasta aquí, y esos mismos que han llegado hasta nuestros muros á costa de tanta infamia, tendrán que volverse á su pais y llevararán un escarmiento harto severo de que es inutil atentar contra la voluntad de una nacion cuando sus naturales, henchidos de un noble orgullo y gloriosos del nombre que se han granjeado sus virtudes, estan resueltos á perecer mil veces antes que verse manchados con la infame nota de inconsecuentes con sus principios ó traidores á sus juramentos.

Continúa la galería biográfica de los hombres célebres por la causa de la libertad.

El nombre de *Robespierre* cargado de imprecaciones volaba de boca en boca. Una muger atravezando el concurso en uno de los momentos en que la extraordinaria afluencia obligaba los carros á pararse, llegó hasta aquel que lo conducía y apostrofándolo con una voz que resonaba á lo lejos, le dijo: *¡tu suplicio me enagena de alegría monstruo! Baja á los infiernos con las maldiciones de todas las esposas y todas las madres de familia.* Aquellos criminales que aparecían en publico con una horrible disformidad en el último instante de sus vidas, inspiraban reflexiones particulares; la justicia divina parecía ejercer sensiblemente su venganza sobre ellos. Bañados en sangre durante su vida, estaban tambien cubiertos de ella en el momento que entraban en el sepulcro; mas un sufrimiento singular esperaba todavía á *Robespierre*. Despues de haberlo estendido el verdugo sobre la tabla fatal, arrancó bruscamente el beudaje puesto á su herida lo que le hizo lanzar un grito semejante al de un tigre moribundo; desprendiéndose su mandíbula inferior de la superior y dejando salir por su herida una fuente de sangre, presentaba una imagen horrible. Así pereció *Robespierre* á la edad de 35 años.

Tales fueron las principales circunstancias de un movimiento popular justamente celebrado, y que enjugó las lágrimas ó disminuyó los infortunios de muchos millares de franceses. Los resultados burlaron las combinaciones de aquellos que las habian dirigido. *Robespierre* se creia en el momento de subir al rango supremo por el voto de la multitud; y fué abandonado de ella y pereció en el cadalso. Se ha dicho de él, que habiendo calculado las diversas marchas de la tiranía, habia preferido la fria ferocidad de *Syla* á los arrebatos de *Catilina*. Toda su política, segun un juicioso escritor, consistió en haber sabido apreciar con tiempo el poder de la multitud, en una época en que la sociedad parecia haber retrogrado á su origen por la destruccion de las autoridades regulares, y la desaparicion de todas las superioridades de Convencion. Otro carácter de su política y que contribuyó mucho á su engrandecimiento, fue la prontitud con que abandonó á sus amigos cuando juzgó que su sacrificio podía ser útil á su ambicion. Olvidó la oficiosidad de los que le habian servido de instrumentos para sus atrocidades, é inmolando los indistintamente desanimó la ambicion de todos los malvados y los constrinó á contenerse en un rango secundario y á ser solo criados asesinos ó incendiarios. Los papeles públicos trazaron de él este retrato que no deja de ser fiel. » Su talla era de cinco pies y

dos pulgadas, su cuerpo derecho, su andar vivo y arrebatado. Sacudia amenudo sus manos por una especie de contraccion de nervios que se comunicaba á sus hombros y al cuello. Vestia con elegancia y se peinaba con esmero. Su fisonomía parecia algo ceñuda, su tez livida y biliosa, sus ojos apagados y sin expresion..... Supo dulcificar con arte su voz naturalmente agria y chillona; y habia calculado el prestigio de la declamacion, cuyo talento poseia hasta cierto punto.... Audaz y cobarde á un tiempo cubria sus maquinaciones con un espeso velo; y por lo comun designaba sus víctimas con arrojo. Si alguna representante hacia una proposicion que le desagradaba, se volvia hácia él con arrebato y lo miraba con un aire amenazador por algunos minutos." Protegió é hizo temblar una parte de la Convencion; trasformó los errores en crímenes y los crímenes en errores. Llegó á persuadir á la multitud que siempre que se le atacaba personalmente, era á la misma libertad á la que se atacaba. No supo crear las circunstancias; y así las circunstancias lo perdieron y precipitaron en la clase aborrecida de aquellos que han oprimido á sus semejantes y han querido elevarse á la tiranía sobre montes de cadáveres.

CASTRUCCIO DE LUCA.

Entre las familias nobles de Luca se contó por muchos años como una de las principales la de *Castracani*. Esta en 1320 estaba casi estinguida, y solo habia quedado un buen eclesiástico, que vivia en su patria de la renta de un canonicato, con *Dianova* su hermana, y viuda de mucha edad. Pertenecia á su habitacion un pequeño jardin, y paseando una mañana la buena viuda, oyó lastimosos llantos. Se acercó á una cepa, de donde le pareció que salian los gemidos: apartó el follage de las vides, y vió un niño recién nacido envuelto en unos andrajos tan eterido de frio, que pedia el mas pronto socorro. Compadecida *Dianova* se le llevó á su hermano: resolvieron criarle y le hicieron bautizar, dándole el nombre de *Castruccio*, que era el del padre de los dos hermanos.

Toda su complacencia la tenia el canónigo en el niño; y destinándole para su canonicato, le daba los correspondientes estudios y maestros. Se mostró *Castruccio* dócil hasta los catorce años, pero entonces cansado de maestros y libros, lo dejó todo, sin dar á conocer otra afiecion que la de las armas; y buscando á los muchachos que manifestaban la misma inclinacion, los acompañaba en sus ejercicios y sus juegos, aventajando á todos en fuerza y destreza. Grande era el desconsuelo del canónigo viendo que su protegido preferia un estado incierto y peligroso á la for-

tuna sin riesgos que él le preparaba; pero aunque le reprendía continuamente, el joven militar no hacia caso y seguía á donde le arrastraba la inclinacion.

Habia en Luca un noble llamado Cuinigli, que despues de haber servido con distincion entre los estrangeros, se habia retirado á su patria, en donde ya que no hacia la guerra, procuraba á lo menos las apariencias, ejercitando algunos jóvenes compatriotas escogidos. Las disposiciones que mostraba Castruccio hicieron que las deseara Cuinigli; y el buen canónigo aunque á su pesar hubo de entregarsele; pero le consolaba de su sacrificio la reputacion que su discípulo iba todos los dias adquiriendo: pues en los torneos escedia en fuerza y en destreza á los caballeros mas famosos; y por su dulzura, amabilidad y modestia era tan querido en la sociedad como estimado de los militares. Encargó el duque de Milan á Cuinigli una operacion importante de guerra: llevó consigo á Castruccio, y se distinguió el guerrero novel con acciones tan birrillantes, que de él solamente se hablaba. Al fin de la guerra murió Cuinigli sin dejar otro heredero que un hijo de 13 años; y confió á Castruccio la tutela con el manejo de sus bienes, que eran muchos.

El lucimiento que le daban las riquezas de su púpilo, escitó la envidia de muchos nobles, y principalmente la de Jorge de Opizi. Este, por ser de la faccion de los Güelfos, se habia declarado abiertamente contra los Gibelinos, y habia obligado á gran número de ellos á salir de la ciudad. Se refugiaron estos en Pisa con Huguccion, que de general de la república, se habia hecho Soberano. Castruccio, viendo quanto le molestaba Opizi, fue á buscar á los oprimidos, y les hizo presente la posibilidad de volver á su patria si Huguccion quisiese darles auxilio. Se le ofreció el Pisano con las esperanzas que los de Luca le daban de reconocer su autoridad en llegando á tomar la ciudad. Todo salió como lo habian proyectado; perdió Opizi la vida y echaron de Luca á los Güelfos. Huguccion, que se vió dueño, dió á su conquista un gobierno, el cual se tomó la mejor parte; pero cedió á Castruccio lo suficiente para que no se arrepintiese de haber sugerido y facilitado la empresa.

Los Güelfes arrojados de Luca, se retiraron á Florencia, y movieron á esta república contra el tirano de Luca, por lo que Florencia envió contra él un ejército. Durante las hostilidades enfermó Huguccion, y se vió precisado á confiar el mando de las tropas á Castruccio. Este ganó una ruidosa victoria en ausencia del enfermo; y los luqueses reconociendo que le debian

á la habilidad y valor de su compatriota, le hicieron los honores de una entrada triunfante. Envidioso Huguccion, asi de la gloria de su teniente general como de la autoridad que podría lograr en su ciudad, despues de haber dado á su hijo la soberanía de Luca, le escribió que prendiese á Castruccio y le quitase la vida; pero no ejecutó el hijo enteramente las órdenes de su padre y solo le puso preso. El padre, conociendo las consecuencias de este paso, corrió á Luca á ejecutar su perversa intencion. Cometió la imprudencia de entrar sin precaucion en la ciudad; y los luqueses pusieron en libertad á Castruccio, y le nombraron general de su república; poco despues príncipe, y por último Seberano de Pisa, donde no habia podido Huguccion hacerse reconocer por tal. Le desterraron de Luca, y fué á morir obscuramente en Verona.

Hemos visto la parte mas bella de la vida de Castruccio. Parece que vista la inconstancia de la fortuna, pretendió fijarla con el terror. Durante su ausencia se habia sublevado la familia Poggio, una de las mas poderosas de Luca. Ya habia quitado la vida á su teniente, y se preparaba para hacer lo mismo con sus partidarios. Estéban Poggio, anciano respetable, corrió á verse con los conjurados, sosegó su furor, los desarmó; y cuando llegó Castruccio, fué á visitarle y á pedir el perdon para los culpados. Castruccio, con semblante afable, dijo que todo lo olvidaba, y que se alegraba de tener ocasion de manifestar su clemencia natural. A vista de tan buen recibimiento todos creyeron que no habia peligro, y fueron á dar las gracias á tan benigno Soberano, conducidos por Estéban Poggio. Mandó Castruccio arrestarlos y entregarlos al suplicio, sin exceptuar al escesivamente confiado Estéban. A este tirano de Luca se le reprehende de haber engañado á dos amigos hasta el término de hacer que se asesinasen uno á otro; pero con esta infernal estratagema añadió la Soberanía de Pistoya á las de Luca y Piza. La fama de Castruccio es que jamas perdonó, y que hizo correr arroyo de sangre. Sin embargo murió en su cama y dejó todos sus bienes á Cuinigli, hijo de su bienhechor.

Su muerte, en lugar de dejar en libertad á los Luqueses, los puso en manos de una tropa de Alemanes, á quienes el Emperador abandonó la ciudad en pago del sueldo que les debia. Ellos la vendieron á los Florentinos, á quienes despues la tomaron los de Pisa. (Se continuará.)

AL PUBLICO.

Hoy Domingo se enseña el Gabinete de figuras de cera, desde el toque de oraciones hasta las nueve de la noche.

Imprenta de Domingo Garcia.